



*Mons. Salvio Huix Miralpeix, Obispo de Lleida.*

# 7

## OBISPO DE IBIZA

El Episcopado es de institución divina; el Sumo Pontífice no puede prescindir de él para el gobierno de la Iglesia. Es eclesiástica la división determinada del mundo en diócesis, su número, extensión, desmembración, unión, etc.; pero la existencia de los Obispos se deriva de la voluntad de Jesucristo. Ellos son los sucesores de los Apóstoles y poseen la plenitud del sacerdocio, en la cual tienen el mismo poder que el Sumo Pontífice. Heredan de los Apóstoles las dotes ordinarias, o sea las que son necesarias para el gobierno de la Iglesia en las circunstancias corrientes. Con el Papa componen la Iglesia docente, pues a todos ellos y a cada uno les fue intimado por Jesucristo el deber de enseñar a todas las gentes. Su elección ha sufrido durante la vida de la Iglesia varias alternativas, desde el nombramiento directo y exclusivo del Sumo Pontífice, hasta la elección por el pueblo, pasando por las facultades de presentación de candidatos que la iglesia ha concedido a las supremas Autoridades de las naciones. Nunca, sin embargo, ha ejercido legítimamente su oficio pastoral quien no ha sido para ello explícitamente nombrado por el Sumo Pontífice; en las naciones donde éste tiene un representante oficial, a él compete, entre sus principales ministerios, proveer de las personas más aptas a las diócesis que van quedando vacantes.

Cuando fue coronada la Virgen de la Gleva, era Nuncio Apostólico en España el Cardenal Datario, Emmo. Sr. Federico Tedeschini. Un hecho de tal magnitud hace volver necesariamente los ojos hacia quien ha sido su alma y organizador. Entonces se pesan los detalles menos importantes aparentemente. En aquellos momentos de exaltación Mariana y de éxito apoteósico, a pesar de sus esfuerzos, no le fue posible al humilde hijo de san Felipe ocultarse totalmente. No es que allí, como vulgarmente se dice en parecidas circunstancias, se ganara la mitra; pero indudablemente Monseñor Tedeschini, entre tantas cosas que vio, se llevó fijado en el corazón el nombre del ejemplar sacerdote del cual fue conociendo toda la vida.

En aquel entonces se llevaban a cabo, no la restauración, para lo cual se hubiera hecho precisa la reforma del Concordato, pero sí los trámites necesarios para que volviera un Obispo a ocupar la sede de la diócesis de Ibiza, que, al ser suprimida, había sido incorporada a la de Mallorca por el Concordato de 1851. Creada en 1782, desapareció junto con las de Solsona, Barbastro, Ciudad Rodrigo, etc. Pero un innato amor a las cosas propias, un ardiente deseo de verlas restauradas y un afán muy justo y lógico de verse gobernados por un Obispo propio, hizo que ínterin los ibicencos se rigieran por un Vicario Capitular elegido por su Cabildo, sin intervención alguna de los Obispos de Mallorca; conservaron su Cabildo

Catedral, su propio seminario; y sus Vicarios capitulares ejercieron el gobierno de la diócesis con plenitud de derechos. Pero volver a tener Obispo, suponía atender por sí solos a su sustentación, sin el apoyo del Estado.

Venciéronse al fin todas las dificultades y quedaba ya sólo por designar la persona que debía reanudar el episcopologio de aquella Isla, interrumpido con el inolvidable Obispo Carrasco, fallecido en 1852.

Es comprensible que 75 años sin Obispo propio se dejaran sentir en el desarrollo espiritual de la diócesis. El régimen de Vicario Capitular, aun ejercido con plenitud de facultades, no deja de serlo de interinidad, que pide a voces ser sustituido por quien, con báculo, mitra y pectoral, cargue sobre sus hombros por completo el peso, el honor y la responsabilidad del Pontificado.

Para otras diócesis ese lapso de tiempo hubiera sido sin duda fatal; Ibiza lo salvó gracias a las virtudes profundamente cristianas de sus diocesanos, al natural honrado, sabio y prudente de sus cabezas de familia y, sobre todo, a la ejemplar conducta de sus sacerdotes. Cuando finalmente fue conocido el nombre del P. Huix como Obispo, las campanas y los corazones sonaron a gloria.

A él la noticia le sorprendió. Ni había trabajado para ser Obispo, ni pensó jamás que otros se fijaran en él para tal cargo; pero tampoco opuso obstinada resistencia cuando, según confiesa su amigo íntimo, el P. Perarnau, Monseñor Tedeschini le intimó el mandato del Papa; él asintió, ni contento ni descontento: resignado, como siempre que se le había confiado algún cargo de honor y responsabilidad.

Su nombramiento produjo en Vic y en su comarca tal explosión de entusiasmo colectivo, como no sabemos de ninguna otra elección de Obispo: se electrizó todo el mundo. Individuos, hogares, casas religiosas, asociaciones, centros culturales, gremios, ricos, pobres, toda la ciudad y el llano de Vic.

El «*han hecho Obispo al P. Huix*» lo repitieron millares y millares de personas y el «*hoy lo consagran en la Catedral*» fue una campanada que atrajo al primer templo de Vic una multitud incapaz de ser contenida.

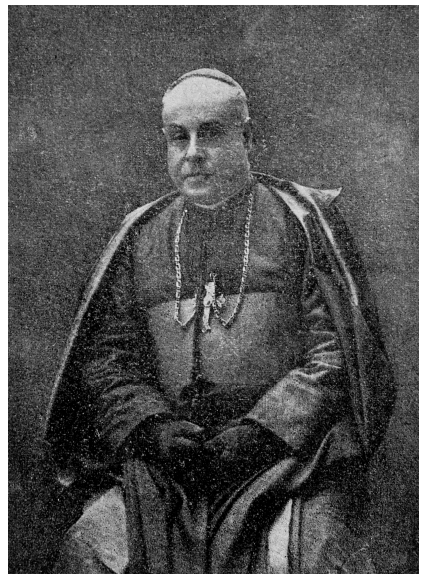
Todo el mundo le homenajeó. Periódicos y revistas le dedicaron extraordinarios; asociaciones y particulares rivalizaron en obsequiarle con espléndidos y sentidos regalos; entonces se pudo comprobar cuán pocas eran las



*Mons. Tedeschini, Nuncio.*



*Mons. Joan Perelló.*



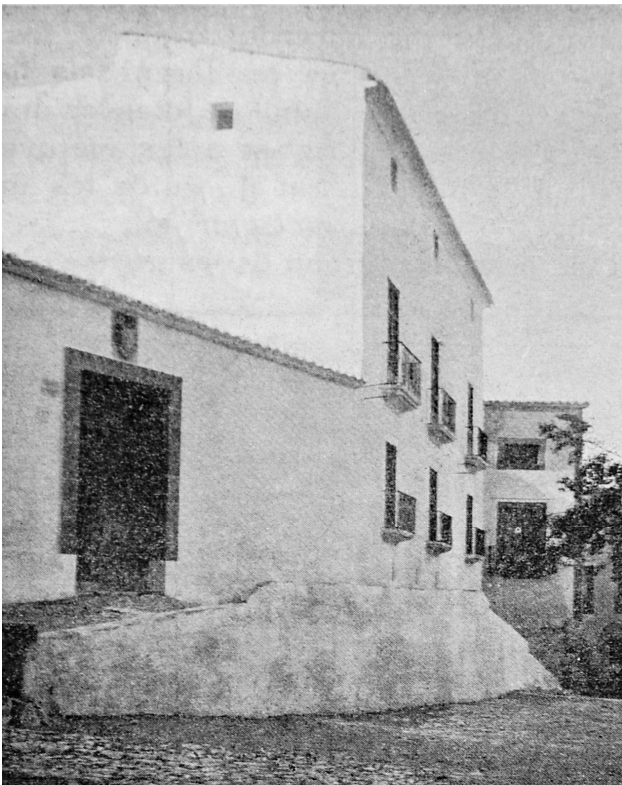
*Mons. Josep Miralles.*

personas y familias, Asociaciones y Centros que no le debieran algún favor. Fue realmente el voto absoluto y unánime de todo un pueblo, que le consideraba como un amigo, un padre y un bienhechor.

Actuó de consagrante el mismo Nuncio de Su Santidad, el cual, si en la coronación de la Virgen de la Gleva pudo estimar las altas dotes que adornaban al nuevo Obispo, ahora, así en la Catedral como en las calles, pudo calibrar cuán bien recibido había sido su nombramiento. Asistieron también el Obispo de Vic, Mons. Joan Perelló Pou y el Obispo de Mallorca, antes Obispo de Lleida, Mons. Josep Miralles Sbert.

Dos diócesis regentó el P. Huix: Ibiza y Lleida. La primera desde el año 1927 hasta el 1935, en que fue trasladado a la segunda para gobernarla hasta su muerte. Con la consagración, el P. Huix cambió sus modestos hábitos de sacerdote por los morados de Obispo; pero de manera alguna su corazón, su habitual sonrisa, su franca manera de tratar con todos, su incontenible celo apostólico. Si acaso, se le ensanchó el corazón, se le agudizó el celo: se intensificó su poder de conquista, se encendieron más sus pupilas. El campo de acción se le amplió; en lugar de actuar directamente sobre las almas, tuvo que trabajar sobre los Directores de las mismas; si alguna manifestación del espíritu católico, mientras estuvo en Vic, no pudo recibir el calor y la Dirección de su clara inteligencia, ahora, ya Obispo, tenía en sus manos la alta dirección de todo cuanto puede afectar a la marcha espiritual de un pueblo; de una casa religiosa pasó a un palacio; de una cátedra de seminario a un sillón Episcopal; de Director de unas Congregaciones, a ser el alma y el impulso de todas ellas; pero su modo de trabajar continuó siendo el mismo.

Vic lo despidió como se despide a un padre: riendo y llorando, con fuegos artificiales y sangre del corazón, con adioses y congojas, acompañándole desde que salió de la ciudad hasta que le vieron sentado en el trono. En el vapor que le condujo desde



*Palacio Episcopal de Ibiza.*

Barcelona a Ibiza, completamente abarrotado de pasajeros, los vicenses componían el noventa y nueve por ciento.

Ibiza lo recibió como jamás lo hizo ni lo hará con personaje alguno, como ningún otro pueblo puede hacerlo. Aquel recibimiento fue insuperable allí y en cualquier otra parte del mundo.

La ciudad y el campo se despoblaron, quedando, no es hipérbole, en las casas y en los pueblos solamente los que materialmente no podían salir. Desde el momento de su entrada tuvo ya el P. Huix delante de sí a toda la diócesis que, no por curiosidad sino en expresión de sincera alegría, amor y entrega, se le presentaba, afirmándole que lo mejor que se le podía dar era un Obispo. No iban a quedar defraudados los buenos ibicencos. Aquel a quien querían ver y que por recibirle tanto sacrificaban, se les presentaba de

tal forma que no lo olvidarían jamás. Si ellos se entregaban, él no lo hacía menos; si le amaban desde el primer instante, él les daba sin reservas desde aquel momento su corazón y su vida; si ellos estaban contentos, él era feliz.

Toda vida episcopal es digna de ser estudiada, pues, en el ministerio Pastoral no pueden existir vulgaridades. El paso de un Obispo por una diócesis tiene que dejar indefectiblemente sus huellas. El Episcopologio es una fuente interesantísima de la historia de los pueblos. Se puede en él destacar más o menos, por la mayor o menor excelstitud de las dotes personales de cada uno y por el acierto que se haya tenido en el gobierno; pero el Episcopado es de por sí algo tan trascendental en su oficio y ministerio, que necesariamente todo Obispo debe dejar, como hemos dicho, huellas indefectibles de su paso. Si la muerte no hubiese truncado la vida del P. Huix en plena manifestación de su vitalidad Pastoral; si él hubiese podido desarrollar plenamente todo el programa de su apostolado, su figura y su nombre habrían pasado a la posteridad como los de los grandes Obispos, que han formado época en la Historia de la Iglesia. Poseía para ello todas las cualidades.

No vaya a interpretarse lo dicho como una excusa para ocultar la trascendencia de su labor Pontifical, de ninguna manera; afirmamos, con toda la fuerza que podemos poner en estas palabras, que en sus pocos años de Pontificado realizó una de las más grandes labores que puede realizar un Obispo. Sólo queremos significar con esto, que si nos ha alegrado ver terminada vida tan fértil con el martirio, nos ha apenado igualmente ver cómo se desvanecieron con ello las ilusiones y las esperanzas que tantas personas habían puesto en su ministerio Episcopal.

Al enfocar su obra Pastoral y pretender encuadrarla en determinadas manifestaciones de su predilección y actividad, no podemos dejar de señalar los siguientes campos: Seminario, Clero, Acción Católica, Ejercicios Espirituales y Culto al Santísimo Sacramento y a la Virgen.

El seminario es el corazón de la Diócesis. Sin él, ésta no se concibe. Quien trabaje por el seminario por ella trabaja; quien más lo levanta más grande la hace. En él se forman los futuros sacerdotes, los que en definitiva tienen que dirigirla y gobernarla. Es lógico, por consiguiente, que el primer deber de un Obispo sea el cuidado de su seminario.

El de Ibiza es una residencia antigua de religiosos, situada en la parte alta de la ciudad, cercana a la Catedral, con vista, por su parte posterior, a la magnificencia de una naturaleza tan pródiga, que hace de la Isla una de las más hermosas de las Baleares y del mundo. En él se ha formado una verdadera legión de sacerdotes que, en España y en América, han acreditado sus excelentes cualidades de Pastores de almas. A pesar de no contar con Obispo propio, el P. Huix lo halló a una altura verdaderamente insospechada; tanto, que no le fue difícil, con algunas reformas, ponerlo en condiciones de competir con los mejores de España. Pequeñas mejoras, inmediatamente llevadas a cabo, se dirigieron tanto a mejorar la asistencia material de los seminaristas, como a su formación intelectual y espiritual.

Aprovechando hasta lo sumo el pequeño espacio de que disponía, construyó un departamento, en el cual, aisladas por completo de todo contacto con los seminaristas, unas buenas religiosas cuidaron de su asistencia material. Amplió y ornamentó la Capilla, para que holgadamente pudieran verificarse los actos del culto; amplió asimismo la capacidad del edificio, para poder albergar el mayor número posible de seminaristas;

aumentó el número de profesores y puso en el plan de estudio nuevas asignaturas, con las cuales se completaba y modernizaba la formación de los futuros sacerdotes, dotándoles de conocimientos que debían, forzosamente, ensanchar los horizontes de sus inteligencias. Dio realce a sus festividades y alentó con su presencia todos los esfuerzos de alumnos y profesores, puestos al servicio de un ministerio tan grande como es el sacerdotal. Tomaba parte activa en las veladas dedicadas a la Inmaculada y a santo Tomás; permanecía todo el tiempo posible entre alumnos y profesores; llegó a conocer a unos y a otros tan íntimamente, que para todos tenía siempre a punto un consejo, un aliento y su eficaz protección. El prestigio del seminario, al poco tiempo de estar en la Isla, aumentó tanto, que fue preciso ampliar sus dependencias con edificios contiguos.

Junto a este afán por el seminario, como lógica consecuencia, guardaba el P. Huix en su corazón una predilección acendrada por sus sacerdotes. Se preocupaba de ellos en todos los conceptos; los estimaba, no solo como colaboradores indispensables para la eficacia de su ministerio, sino como verdaderos hijos, hermanos y compañeros. Pensaba en ellos noche y día; los conocía y trataba personalmente a todos; con los de la ciudad se reunía cada mes en el Retiro Espiritual y a los del campo los recibía sin ninguna clase de limitaciones cuantas veces acudían, fuera la hora que fuera, a su Palacio Episcopal. Le preocupaba enormemente su situación material, de la cual hacía tema frecuente en sus conversaciones. La experiencia le había demostrado cuántas veces esto llega a hacer ineficaz toda una vida. Nunca dejó de ver en el sacerdote al hombre que lleva dentro; y si esto le inclinaba a ser con ellos indulgente, le inducía también a adelantarse a sus necesidades y a prevenirlas.

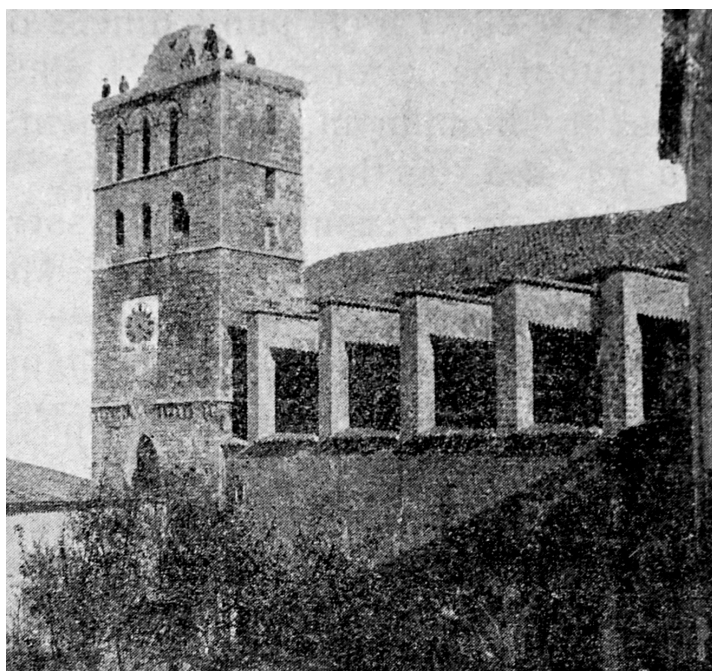
No es de extrañar, pues, que con ellos y por su medio consiguiera el P. Huix tan espléndidos resultados. Hemos querido hacer resaltar esa especial predilección del P. Huix para con sus sacerdotes, porque creemos que ella es una de las claves del éxito en las labores del Obispo. Anécdotas conocemos que reflejan por sí solas lo acertado de este modo de proceder del P. Huix y el aprecio en que por ello le tenían sus sacerdotes. De uno sabemos que, destinado a ocupar una de las mejores parroquias del Obispado, se fue contentísimo a la peor de todas, sólo por la manera con que se lo propuso él.

Un profesor del seminario, que fue a pedirle licencia para tomarse unas vacaciones fuera de la isla, no solamente consiguió el permiso, sino que hubo de rehusar el auxilio económico que el Sr. Obispo le ofrecía. Entre sus sacerdotes siempre fue el P. Huix un sacerdote más.

Se preocupaba de una manera especialísima de los pocos o muchos bienes que podían dejar a la hora de la muerte. De su asistencia a sacerdotes moribundos conocía la triste realidad de lo que ocurre en muchos casos cuando el sacerdote deja de existir; por esto, tanto en conversaciones como en pláticas piadosas, inculcaba insistentemente que todo sacerdote, aun disfrutando de excelente estado de salud, debe tener hecho su testamento.

Pero donde volcaba su corazón era en favor del sacerdote anciano, desvalido o enfermo. Pocas veces meditan los católicos sobre la triste situación de muchos sacerdotes, cuando les llega la hora de la enfermedad o de la inutilidad física. Fiados generalmente en que no puede carecer de lo más elemental, ese problema adquiere a veces caracteres de verdadera tragedia. Si está al cuidado material de manos ajenas,

como ocurre la mayor parte de las veces, no tiene alrededor aquella asistencia cariñosa que a todo hombre le es indispensable en los momentos tristes de la enfermedad. Si quienes están con él son familiares, no le falta, es verdad, aquel cariño; pero, como acontece que los sacerdotes proceden en su mayoría de familias modestas y sus consanguíneos cuentan con escasos medios económicos, la desgracia se convierte entonces en familiar y colectiva. Muchas soluciones se han ideado para aliviar la vejez o enfermedad de quienes se han pasado la vida sirviendo y trabajando en medios parroquiales pobres, en ministerios de pocos ingresos; pero hay que confesar que todo cuanto se ha propuesto y realizado en este sentido, no llega, ni con mucho, a lo más preciso. En este aspecto se puede decir que la clase sacerdotal es la más desasistida.



*Catedral de Ibiza*

En algunas diócesis funcionan montepíos o mutualidades que, generalmente, sólo tienen el nombre de tal, por lo mísero de sus posibilidades. Últimamente, el primer esfuerzo nacional que se ha llevado a cabo, la Mutual del Clero, establecida en Madrid, si en algún aspecto, como es por ejemplo el de las intervenciones quirúrgicas, ha aportado la solución casi definitiva, en lo demás, aun concediendo todo lo que se puede conceder, no es más que una fundada esperanza de que en un mañana, todavía lejano, podrá solucionar los casos gravísimos de retiro e invalidez. Hoy por hoy, como decimos, la situación del sacer-

dote enfermo y desvalido es de las más precarias en España. Esto lo tenía clavado el P. Huix en el corazón.<sup>1</sup> Cuando llegó a Ibiza y se encontró que nada existía en este sentido, al ver la imposibilidad de que la diócesis lo pudiera solucionar por sí sola, dado el número reducido de sacerdotes, no paró hasta conseguir su ingreso, con el máximo de ventajas, en el Montepío del Clero de Barcelona, uno de los mejores de España en aquel entonces. Todos los sacerdotes, fuere cual fuere su edad, pudieron ingresar en él, equiparándose para todos los efectos a los de allí. A los que se iban ordenando, si lo hacían al servicio de la Diócesis, les obligaba a ingresar en él.

Conseguido esto, cuyos benéficos resultados pudieron inmediatamente experimentarse, su afán era conseguir para los ancianos un retiro decoroso, alejándolos de toda preocupación material, para que transcurriesen los postreros años de su existencia de manera conforme a su dignidad de sacerdotes, y además se sintiesen, ya en vida, premiados por la misma diócesis a la que habían servido; a fin de que, rodeados de afectuosa solicitud, se

<sup>1</sup> Hoy día, gracias a Dios, han cambiado mucho las cosas en esta materia. En cuanto a la Seguridad Social, con todo lo que esto conlleva, el sacerdote está considerado como cualquier trabajador.

dispusieran tranquilamente para el tránsito a la eternidad. Todas esas ilusiones de un corazón de padre se vinieron abajo, aumentándose enormemente sus preocupaciones, con el advenimiento de la República y, con ella, la supresión del presupuesto de Culto y Clero. Así pesaba sobre la diócesis, no sólo el mantenimiento de los enfermos e inválidos sino el de todos. El P. Huix afirmó categóricamente más de una vez, en público y en privado, de viva voz y por escrito, que aquella era una de las leyes más sectarias y de peores consecuencias; con ella se condenaba al hambre a multitud de sacerdotes, pues de momento no era posible, con la rapidez que el caso requería, solventar tan terrible situación: ni había suficientes fondos para ello en las diócesis ni los fieles estaban suficientemente educados para comprender en seguida cual era su deber de aquel momento. Por esto, ya en la Pastoral de la Cuaresma de 1932 clama contra esta arbitraria ley de despojo de lo que legítimamente pertenecía a la Iglesia española; condena con fuertes anatemas a los que la han promulgado; exhorta encarecidamente a los fieles al cumplimiento de su deber en aquella hora, y establece fórmulas y reglas para no dejar desatendidos en lo más esencial a sus sacerdotes. Como ya diremos luego, fundó la Comisión o Junta de Culto y Clero de la diócesis; organizó suscripciones y colectas; y arbitró medios de toda clase para hacer la necesidad menos agobiante. No puede decirse que la solución conseguida fuera completa; pero lo cierto es que los sacerdotes de Ibiza y Formentera no carecieron de lo más indispensable; permaneció abierto el seminario y la vida espiritual de la diócesis no sufrió el colapso que los enemigos de Dios esperaban.

Por otra parte, nunca como en aquellos años el espíritu de caridad del P. Huix se manifestó tan intensamente. Ya no eran solamente sus pobres quienes a él acudían en demanda de una limosna; eran sus mismos sacerdotes. Hasta dónde llegaría su caridad en aquellas circunstancias, nos lo muestra el hecho de que, de no haberle satisfecho los gastos del viaje unos buenos amigos suyos de Vic, que se enteraron de su situación, no habría podido acudir a Roma para la Visita *ad Limina* del año 1932. ¡Incluso sus bienes patrimoniales habían llegado a su fin! Un hecho sumamente doloroso para su corazón de Padre y Obispo se produjo, y fue la disminución de los seminaristas, muchos de los cuales o, para ser más veraces, sus padres, se asustaron ante el cariz que iban tomando los acontecimientos en nuestra Patria. Cada vez que se le comunicaba la defección de algún nuevo estudiante, lloraba; pero tampoco entonces se amilanó; el «Deus providebit», -Dios proveerá- tan corriente en sus labios, era la única manifestación de la congoja de su espíritu.

La Acción Católica, prolongación entre los seculares del apostolado de la Iglesia, encontró en el P. Huix uno de los Obispos que desde el primer momento más la entendieron y la pusieron en marcha. Ya hemos dicho, al hablar de las Congregaciones Marianas, que la había concebido siempre, no como un medio tan sólo de santificación, sino como valiosa colaboración para sus tareas apostólicas; sus secciones de beneficencia y de propaganda de un modo especial y toda su labor de conjunto, le impulsaban a contar con los congregantes cuando de la salvación de los demás se trataba. Por eso, cuando tuvo en sus manos toda la dirección y responsabilidad de una Diócesis y vio que el Papa colocaba entre los más graves deberes episcopales el de la Acción Católica, se lanzó a ella con las mismas energías que había puesto al servicio de la mejor obra de apostolado. Iba a empezar a trabajar en este sentido en un campo no del todo virgen, pues ya estaban funcionando las Congregaciones Marianas de jóvenes y la Acción Social. Asimismo, estaban establecidas unas escuelas nocturnas de buena



tradición en la Isla. Por ello la idea de la Acción Católica no cayó en mala sazón y fue entendida y querida inmediatamente por cuantos llamó junto a sí para trabajar.

De todas maneras, era preciso realizar una labor previa de intensa educación, formación de inteligencias y conciencias. El imperativo que se iba a imponer a cuantos ingresaran en las filas de A.C. era demasiado importante y gravoso para dejarlo a la explosión de un sentimiento generoso de entrega y de entusiasmo. Por otra parte, si se les iba a encomendar una labor de conquista y de transformación de la sociedad, era necesario capacitarlos primero. Para ello, en poco tiempo, desfilaron por la Isla toda una serie de propagandistas nacionales y de la región, especialmente jóvenes, no faltando tampoco personajes eminentes en los conocimientos de todos los problemas de doctrina y de organización sobre Acción Católica.

Se organizaron los primeros Centros de la capital y de allí prendieron ya a los principales pueblos de la Isla. Pronto pudieron tenerse reuniones de ramas, precursoras felices de las primeras Asambleas que con tanto éxito como sorpresa se celebraron. Dotados los habitantes de la Isla de un innato sentido de adaptación, junto a una no corriente inteligencia, bien pronto se destacaron, entre los primeros afiliados a A.C. de uno y otro sexo, propagandistas que, al lado de los que de la península y de las otras islas llegaban, descollaban por su propio valer y hacían prever un futuro espléndido para la A.C. de la diócesis. Esos felices augurios se comprobaron sin tardar; se constituyeron las cuatro ramas y multitud de Centros daban señales de tal vida y Organización que, cuando el P. Huix, en el año 1935, salió de la Isla, puede decirse que la A.C. de Ibiza no desmerecía en nada de la de muchas diócesis de España, superando incluso a algunas en varios aspectos.

El desarrollo que fue adquiriendo hizo sentir la absoluta necesidad de dotarla de un local apropiado, en donde sus actividades tuvieran un escenario digno y que a la vez proporcionara a las distintas ramas y Consejos los elementos necesarios para hacer más eficaz la Obra. La idea concebida por el P. Huix tuvo también en él su genial ejecutor. Quien vaya hoy a Ibiza podrá apreciar cómo su A.C. cuenta con un local como pocos se encuentran en España, nuevo, amplio, con su soberbio salón de actos donde está instalado y funcionando con éxito un cine controlado por A.C., un escenario con capacidad para poder representarse en él las mejores obras de teatro, dependencias para círculos de estudio, biblioteca, bar, etc., capaz de ser ampliado en la medida que las circunstancias lo vayan exigiendo. Indudablemente una de las mayores alegrías del P. Huix en su vida de Apóstol fue inaugurar, antes de abandonar la diócesis, aquel local que tantos afanes y sacrificios le costara. Bien es verdad que, sin auxilio de personas generosas no lo hubiera podido llevar a cabo; pero yo soy testigo de que ese auxilio no era suficiente y que, ya Obispo en Lleida, continuó pagando de su propio bolsillo no pocas facturas. Diariamente iba a ver cómo adelantaba el edificio. ¡Qué alegría la suya al bendecir el local y presidir el primer acto solemne de propaganda!

Alguien podía pensar que, al marchar él, su obra se desvanecería al faltarle el calor de su corazón y la fuerza de su asistencia personal; pero no, nunca trabajó para sí. Imprimía, claro está, a cuanto tocaba, el sello inconfundible de su personalidad; pero era precisamente ese sello el de dar perdurabilidad a sus obras. Las cimentaba todas en tan sólidos principios que, al faltar él, permanecían igualmente vivas.

Por eso, de la misma manera que no desaparecieron en Vic, al salir para Ibiza, las obras que allí fundara o dirigiera, tampoco vinieron al suelo ni perdieron su vida las que aquí había asimismo fundado o mejorado. La A.C. en particular, cuyos gérmenes por él sembrados habían caído en tan buena tierra, floreció cada día con mayor vitalidad. Bien es verdad que en su sucesor en el Obispado<sup>2</sup> ha encontrado un continuador digno de su obra, y por consiguiente, el campo roturado ha seguido siendo excelentemente cultivado. Pasarán años y años y su memoria no podrá borrarse de la diócesis. Allí quedará, entre otros, como monumento perenne de su paso, el hermoso local de A.C. con sus primeros afiliados (*los que no son mártires*), a los que supo infiltrar tan adentro sus mismos afanes de apostolado. Ellos cuidarán siempre de proclamar con sus palabras y con su vida que el P. Huix, en la lista de los Obispos de Ibiza, sobresale por su labor de apostolado en la A.C. El Rdo. Dr. D. Félix Treserra, hijo espiritual suyo y, como él, mártir, había escrito que *sería el Obispo de la A.C.* ¡Una profecía más, cumplida!

El amor y el interés puesto por el P. Huix en la obra de los Ejercicios Espirituales era, podríamos decir, tradición de familia. Ya hemos visto que su padre y un tío suyo los practicaron en el siglo pasado y los repitieron algunas veces durante su vida, sacando de ellos tanto fruto como para escribir un reglamento de vida al que se ajustaron siempre. Forzosamente tenía que trascender esta formación espiritual del padre a los hijos. Así no es de extrañar que, en cuanto se puso en contacto con las almas de los jóvenes y los hombres de las Congregaciones Marianas, procurara, como una de sus primeras preocupaciones, que practicasen Ejercicios Espirituales, a ser posible en completo retiro.

Cuando se inició en Cataluña, allá por los años 21 y 22, la campaña extensísima que dirigió el P. Vallet, de la Compañía de Jesús, encontró en él un fervoroso aliado. Encomendó primero al referido padre una tanda abierta en la Iglesia del Carmen de Vic y después de ella, en sólo dos años, organizó veinte tandas más en completo retiro, participando jóvenes y hombres de toda la comarca. Organizó al mismo tiempo multitud de actos de propaganda, entre los que descollaron las *diadas* comarcales de Vic y Torelló.

Era natural que el mismo entusiasmo desplegara apenas llegado a la diócesis de Ibiza. Como punto de partida, envió varios jóvenes a que los practicasen en casas de la Isla y, cuando ya el celo de éstos hubo prendido en los corazones de los demás, inició una serie de tandas entre los afiliados de Acción Católica masculina que se celebraron en el seminario durante los tiempos de vacaciones. Para el elemento femenino logró, al levantarse el hermoso edificio de las Religiosas de enseñanza, que se dedicara toda un ala del mismo a este fin. Fundó para su mejor organización la obra de Ejercicios Espirituales y adquirió un ajuar de mesa y dormitorio para su servicio exclusivo.

Las tandas eran numerosas, todas ellas con enorme éxito, terminando con el tradicional desayuno de hermandad, que se convertía pronto en un acto de propaganda, al cual casi nunca faltaba.

Confiaba en los Ejercicios como en el mejor medio para conseguir la formación espiritual de los que debían convertirse pronto en dirigentes de los Centros de A.C. No hay que decir que, como en todo, daba él ejemplo practicándolos, ya solo, ya en unión con sus sacerdotes, todos los años. También este germen sembrado por el P. Huix ha dado espléndidos frutos en

.....  
<sup>2</sup> Antonio Cardona Riera (1935-1960) Administrador apostólico; obispo titular desde 1950.

la isla, donde la obra de Ejercicios ha arraigado con sorprendentes frutos espirituales entre los seglares.

Junto a esas actividades predilectas del Obispo y como aromatizándolas todas, colocó su acendrada devoción al Santísimo Sacramento, al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen Santísima. Ya en Vic había sido el promotor de la entronización en los hogares del Sagrado Corazón de Jesús y lo mismo que había hecho con la Obra de los Ejercicios iniciada por el P. Vallet, hizo con aquella campaña llevada a cabo por el P. Mateo Crawley, con el cual lo entronizó para dar ejemplo, en el propio local de las Congregaciones Marianas; celebrándolo con una gran festividad a la que concurrió el elemento masculino de la ciudad en masa.

Siempre deseó, y en lo que pudo lo hizo, que el altar del Santísimo Sacramento fuera el más digno y hermoso. A tal fin encaminó siempre el celo y la devoción de los Párrocos y de los fieles. Cuando una persona piadosa le ofrecía alguna cantidad para los templos, si le dejaba en libertad, lo empleaba en el adorno de aquel altar. Por otra parte, quiso siempre que esa devoción figurara en primer lugar entre todas las demás y a tal fin, en lo que respecta al Santo Sacrificio de la Misa, escribió una de sus más hermosas Pastorales.

¿Y cómo no iba a ser devoto de la Virgen Santísima el que había nacido a su sombra, que había sido consagrado a ella por su madre desde los primeros días y que a conquistarle devotos y admiradores había dedicado todos los años de su juventud? Al llegar a Ibiza se encontró con que la Patrona de la Isla era precisamente la Virgen Santísima, bajo la advocación de Santa María de las Nieves. Su Imagen presidía el Altar mayor de la Catedral; pero, como en casi todas partes y con más razón todavía en Ibiza, por suponer un verdadero sacrificio para los fieles subir la empinada cuesta en cuya cima se encuentra, eran pocos los que acudían a ella.

Para acrecentar el culto a la Virgen decidió la constitución de la Hermandad de Santa María, a la cual podían afiliarse facilísimamente todos los fieles que lo desearan, imponiendo casi como única obligación acudir a visitarla algunas veces al año, rezando en estas ocasiones una hermosísima visita espiritual a Nuestra Señora de las Nieves, que compuso el Canónigo de aquella Catedral D. Isidoro Macabich. Fruto inmediato de la propaganda que con este motivo se hizo, fue no solamente un esplendor inusitado en su festividad, sino que, además, todas las parroquias de la isla y de Formentera se comprometieron a subir una vez al año en procesión con banderas y estandartes a visitar a la Señora. Si el P. Huix colocó en su escudo episcopal el símbolo de ciprés como signo de orientación Mariana de su apostolado de Pontífice, consiguió ciertamente que esta devoción reverdeciera en aquellas islas, donde por tradición, por razones históricas y por motivos de agradecimiento, todos se sienten hondamente enamorados de la Virgen.

En Lleida cabía ciertamente muy poco que hacer en este aspecto, puesto que es una ciudad eminentemente Mariana. Todavía no se ha estudiado lo mucho que le debe a Lleida la devoción Mariana de España. Es la única ciudad, quizá en todo el mundo, que tiene una Academia dedicada única y exclusivamente al culto y al estudio de la devoción a la Virgen Santísima, bajo todos sus aspectos, doctrinal, histórico, local, artístico, etc.; sus certámenes anuales, sólo interrumpidos durante el tiempo de guerra, han dado lugar a que los escritores y artistas religiosos de España se hayan sentido movidos a trabajar en honor de la Virgen Santísima. Todas las devociones locales de España, todos los títulos con que la Virgen se venera, han sido en esta Academia estudiados y cantados por literatos, teólogos, músicos y pintores. En su archivo y biblioteca se acumulaban documentos, libros, folletos, periódicos,

estampas, medallas, tesoros, en fin, de tal naturaleza e importancia, que daría material suficiente para un estudio completo de lo que es María en el dogma, en la liturgia, en el Arte, en la literatura y en la Historia Patria.

¿Cómo no iba, pues, a sentirse allí a sus anchas, en el Obispado Mariano por excelencia? Creemos que tanto su nombramiento para Lleida como su muerte acaecida precisamente en la madrugada del día 5 de agosto, festividad de la Virgen de las Nieves, fueron premio que la Madre otorgó a su devoto hijo en la tierra.

En diciembre de 1929 había ya realizado visita pastoral de Ibiza y Formentera. Como el padre que va a visitar a sus numerosos hijos dispersos para convivir con ellos unos días; enterarse de la marcha de todos sus asuntos; conocer a la perfección todas sus necesidades, para después, vuelto a su hogar, meditar y poner en práctica lo que su visita le haya podido sugerir. Así visitó el P. Huix a sus diocesanos. Sacó de esa visita pastoral un conocimiento exacto de la vida material y espiritual de sus fieles hijos; entró con visión certera en su alma; detalló problemas y organizó soluciones. No es de extrañar, pues, que, cuando la hubo terminado, se dedicara en su primera carta pastoral a escribir sobre cuanto había visto, oído y examinado, alabando lo mucho bueno que había encontrado, callando si algo vio malo y anunciando las normas que él reputaba necesarias para robustecer el espíritu religioso de la Diócesis.

Como primera providencia convocó el Sínodo Diocesano, cuya dificultad y trascendencia sólo pudieron conocer aquellos que lo han celebrado. Le dio a esta Asamblea la máxima importancia en cuanto a su pompa externa, por cuanto quiso que a las sesiones de apertura y clausura asistieran todas las Autoridades y Representaciones de categoría de la Diócesis; pero sobre todo cuidó de su organización, de su funcionamiento y de las conclusiones que en forma de cánones se fueron redactando y aprobando. Todos los puntos que el derecho señala dedicados a la santificación de los fieles, perfeccionamiento del clero, esplendor del culto y vigilancia sobre las buenas costumbres tuvieron en el Sínodo una concreción práctica y local. Si algo quisiéramos hacer resaltar, señalaríamos: la redacción, en español e ibicenco, del Catecismo diocesano; la consagración solemne de la función de la Acción Católica; la enseñanza del catecismo, e ideas, realmente novísimas en aquellos días, de colaboración sacerdotal y seglar en acción social y Acción Católica.

Una de sus Obras más trascendentales la realizó sin duda en pro de la enseñanza religiosa de la niñez, con lo cual favoreció enormemente incluso el desarrollo material de la ciudad de Ibiza. Un solo colegio existía en ella, dirigido por religiosas mallorquinas, situado en un piso falto de las condiciones más elementales. Siempre constructivo, empezó a soñar en un soberbio edificio que dignificara la enseñanza y la hiciera más atractiva y eficaz y fuera al mismo tiempo la primera piedra de una nueva parroquia.

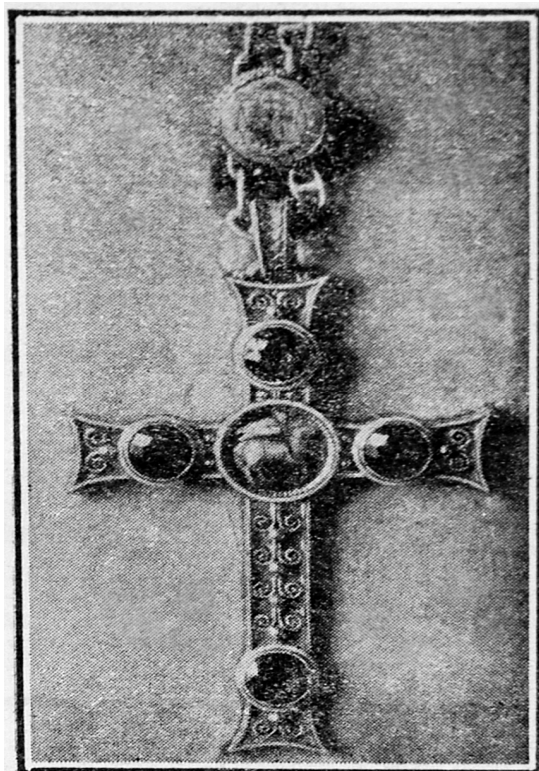
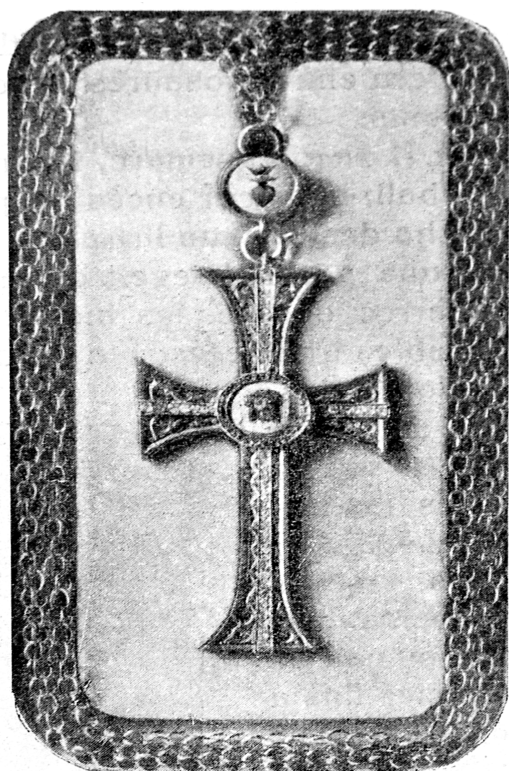
Pero era preciso encontrar terreno apto y suficiente y luego, dinero. En cuanto a lo primero era inútil pensar en algo que satisficiera dentro del casco de la población. En cambio, inmediatamente detrás de las murallas, por la parte que da a la carretera de San José, entre ésta y el mar, existe un hermosísimo paraje denominado Los Molinos, cuya parte baja (Sa Capelleta) era de lo más a propósito para una construcción como la que se pretendía. Pero se topaba con la dificultad de que aquellos terrenos eran zona de guerra y, por consiguiente, imposibles de adquirir, de no mediar la concesión del Gobierno. Y ahí está uno de los mejores éxitos del P. Huix que, si favoreció con el edificio la enseñanza religiosa de Ibiza, por otra parte dotó a la ciudad del mejor ensanche que pudiera soñar.

Sus gestiones costosas y largas en los centros oficiales de la provincia y de Madrid dieron al fin resultados lisonjeros; se compró la parcela de terreno necesario y bien pronto pudieron ver los ibicencos cómo en aquel paraje, hasta entonces casi desierto, se iba levantando el hermoso colegio que hoy está ya en pleno rendimiento. A él se debió también que la Caja de Pensiones de Cataluña y Baleares favoreciera con los indispensables créditos su construcción.

No tuvo el mismo éxito en lo que se refiere a otro colegio similar para los niños. Dificultades insuperables de todo orden hicieron que las puertas que se habían abierto ya durante un curso, tuvieran que cerrarse otra vez. Sin embargo no quedaron aquéllos desasistidos por completo, ya que en lugar de Religiosos puso al frente del colegio de Cristo Rey a dos prestigiosos sacerdotes, que pudieron, en los tiempos peligrosos de la República, dar enseñanza religiosa a buen número de niños de la ciudad.

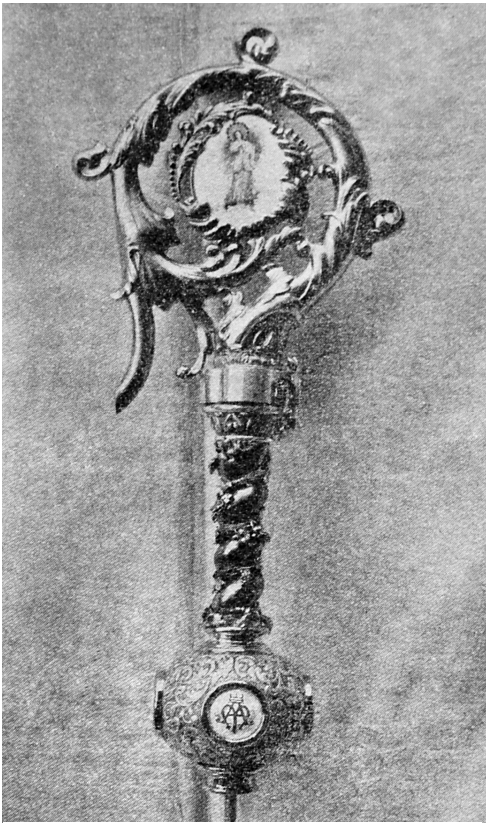
Para las clases necesitadas, especialmente para las niñas del barrio de la Peña, típico por su situación sobre el mar, abrió el colegio de San Vicente, al cuidado de Religiosas de la misma comunidad que el anterior.

*Pectorales, regalos de los sacerdotes diocesanos de Vic.*



Durante el día asistían las niñas y por la noche un grupo numeroso de muchachas mayores recibían en él enseñanza de cultura general y labores. Hoy no es sólo en la ciudad; son ya varios pueblos de la isla que cuentan con su colegio de Religiosas, siguiendo así la pauta que señalara tan providencialmente el P. Huix.

No podía olvidar quien tanto afán pusiera en la enseñanza religiosa de la niñez, su formación eminentemente catequística, a la que quiso que se diera siempre el primer lugar entre todas las disciplinas. Para premiar en algo el trabajo de los profesores, así como estimular a los alumnos, estableció ya en el año 1931 la celebración anual de los



*Báculo pastoral, regalo de las Congregaciones Marianas.*

certámenes catequísticos, que nunca se interrumpieron, cada año con mayor éxito y popularidad. El los presidía, tomaba parte personal en los exámenes, concedía premios de verdadera importancia y animaba a los que le acompañaban, permaneciendo en su sillón, a veces, hasta bien entrada la noche.

Creemos haber enumerado y destacado suficientemente las notas preeminentes de la labor apostólica del P. Huix durante su Pontificado en Ibiza. Su figura filipense, llena de atracción y simpatía, se veía rodeada, cada día más, de multitud de corazones que se encendían a su fuego de Apóstol; al poco tiempo de estar en la diócesis, ya parecía que un espíritu renovador lo animaba todo. Pocas veces se dará una tan absoluta identificación entre Pastor y ovejas. El palacio episcopal se convirtió en la casa-colmena, a la que todas las almas que querían trabajar se acercaban para tomar iniciativa, recibir alientos y consejo y llevar al mismo tiempo la alegría en el trabajo.

Dentro del palacio, el Obispo no cambió, como ya hemos dicho antes, su modo de vivir, en absoluto. Su vida de oración aumentó, si cabe, en intensidad, encontrándosele muchas veces a altas horas de la noche y primeras del día en el Oratorio; su sencillez en el trato continuó siendo su característica, dando la sensación de que nunca necesitaba de nadie; ejerciendo por sí sólo bastantes veces los ministerios que correspondían exclusivamente a sus servidores. No era raro que él se arreglara su habitación, por demás sencilla; que acudiera a la puerta para abrir al que llamara, que solían ser, por las tardes, niños y niñas, a los que durante su paseo no había podido dar su medallita, o pobres vergonzantes a pedir la limosna. De sus visitas a los enfermos pueden hablar no sólo los Hospitales, sino también los pobres de la ciudad, que le veían acercarse a su humilde domicilio con su eterna sonrisa en los labios, sus consoladoras palabras y la mano abierta siempre a la generosidad.

Aquel palacio tan sencillo, alegre y recoleto; aquella diócesis tan cristiana, aquellas islas hermosas entre las del mundo, encontraron en su primer Obispo, después de la restauración, al Prelado que necesitaban. Ibiza y Formentera recordarán siempre a su Obispo, que desde el momento de su nombramiento, sabiéndose entre gente de mar, estampó en su escudo, como lema de toda su actuación, las palabras de san Pedro: «*In nomine tuo laxabo retem*» (en tu nombre echaré la red). Las echó en este mar misterioso y abundante de la vida de las almas y la pesca fue abundantísima porque, si en su trabajo puso toda la fe que era precisa y todo el sacrificio de que era capaz, se encontró, por la gracia de Dios, con un pueblo que fácilmente se dejó prender en las redes de amor que extendió ante sus ojos.